



EL FANTASMA DE BARBACARMESI

De Derek Keilty

Ilustrado por Mark Elvins



A mi mujer, Elaine

D. K.

A mi madre

M. E.

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

PEDERNAL OSARIO - EL FANTASMA DE BARBACARMESÍ

Texto: *Derek Keilty*

Ilustraciones: *Mark Elvins*

1.ª edición: junio 2026

Título original: *Flyntlock Bones - The Ghost of Scarletbeard*

Traducción: *David N. M. George*

Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*

Corrección: *Sara Moreno*

© 2022, Derek Keilty, por el texto

© 2022, Mark Elvins, por las ilustraciones

Publicado originalmente en UK por Scallywag Press Ltd.

(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-946-0

DL B 9912-2026

Impreso en Gràfiques Martí Berrio, S.L.

Avda. Castell de Barberà, 15, Nau 12-13

08210 - Barberà del Vallès - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas

fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



CAPÍTULO UNO UN VISITANTE

¡Brummm! ¡Chof! ¡Ñieec!

El Sabueso Negro se balancea y chirría en el puerto de Bohemia mientras un Sol de justicia lo achicharra todo. Tras el puerto, la bulliciosa ciudad de Bohemia se extiende por la ladera de la colina, con sus casas apiñadas y sus coloridas cúpulas.

Sobre la cubierta, el capitán Juan Jefazo «el Largo» camina de un lado a otro. Se está frotando su afilada barbilla de la forma en que lo hace cuando





está preocupado por algo. Escarlata y yo estamos fregando la cubierta, aunque, a decir verdad, ninguno de los dos pone mucho empeño en ello. Además, estamos intranquilos.

—¿Has controlado el puesto de vigía para ver si ha llegado algún loro mensajero, joven Pedri? —grita el capitán por enésima vez esta mañana.

Me pongo derecho, con la fregona en la mano.

—Lo he controlado hace cinco minutos, capitán, y no he visto nada, ni una pluma.

Han pasado semanas desde la última vez que llegó volando un loro con un nuevo caso. El capitán dice que eso sucede de vez en cuando, lo que resulta de lo más inoportuno. Básicamente, eso significa que nadie echa en falta ningún botín que necesite que encontremos y le devolvamos. No puedo pensar, ni por asomo, que eso pueda deberse a que todo va a pedir de boca en los siete mares. Sabe Dios que en mi tiempo como grumete a bordo del Sabue-

so Negro he conocido a más de un malhechor y que he estado envuelto en algunos terribles aprietos. No, creo que haya casos ahí fuera, pero no nos enteramos de ellos. Se lo menciono al capitán y me dice que quizás tenga razón.

—Estamos realmente bajos de suministros —se queja Escarlata—. He oído que Aliento de Pescado está pensando en incluir alimañas del barco en la comida. Dice que muy pronto va a servirnos gofres de gorgojo y sopa de nido de cuervo.

Aliento de Pescado es el cocinero del navío y tiene fama por emplear ingredientes bastante imaginativos.

—¡Mientras no nos sirva *rata-touille!* —bromeo, viendo como una rata pasa corriendo por la cubierta.

Escarlata sonríe.



—No —dice Escarlata, señalando hacia una enorme criatura de aspecto felino que está durmiendo sobre un montón de sogas—. Eso son las tripas de Gaturraca. Está hambriento, como el resto de nosotros... Debe estar soñando con su próxima comida.

Gaturraca es un nuevo miembro de la tripulación que se unió a nosotros junto con su ama, Gretzel, la bruja del mar, después de nuestro último caso en las islas Pantanosas.

Sin embargo, los ruidos sordos pronto se ven ahogados por un ruido de golpes secos y cavernosos. Unos pies pesados están pisando fuerte en la rampa de desembarco.

Puentejo atraviesa la cubierta principal corriendo, blandiendo su alfanje. Es el contraataca del barco y mantiene el orden en el Sabueso Negro. Sin embargo, baja su arma cuando detecta a un caballero fornido y bien vestido de pie en la parte superior de la rampa de desembarco. El visitante tiene una barba negra poblada y una gran verruga peluda en la punta de la nariz.



—¿Quién va? —brama Puentejo, barrándole el paso.

—El capitán Tizón, señor —dice una voz amortiguada por una barba—. Soy un mercader de Bohemia y tengo una propuesta de trabajo para tu capitán.

—Hazle pasar a bordo, Puentejo —dice Jefazo en voz alta, haciendo señales al recién llegado para que suba al barco—. Me reuniré con este caballero en mi camarote. Pedri, tráenos algo de grog, por favor.

El capitán se mete en su camarote mientras consigo que Aliento de Pescado me dé dos tazas de grog aguada. Incluso al decirle que son órdenes del capitán sigue refunfuñando.

Al entrar en el camarote, el desconocido se me queda mirando fijamente de forma grosera.

—Su grumete está más bien delgado —señala.

—Me temo que todos lo estamos, capitán Tizón —responde Jefazo—. Estamos pasando por una época de vacas flacas.

El visitante asiente.

—Ya me lo imagino. De hecho, ésa es la razón por la que estoy aquí. He oído el rumor de que la actividad de pirata detective no está siendo muy prove-



chosa hoy en día. Quizás esté usted pensando que no es una profesión tan buena, después de todo.

Jefazo frunce el ceño.

—Eso soy yo el que debe decidirlo —dice—. Mire, soy un hombre ocupado. ¿Qué es lo que quiere?

—Iré al grano —contesta el capitán Tizón—. Soy un marino mercante que necesita un buen barco. El mío ha visto tiempos mejores, y el Sabueso Negro se ajusta al perfil. Tiene un maderamen recio y firme. Le pagaré bien. —El barbudo desconocido lanza una bolsa llena de oro sobre la mesa.

La mano me tiembla mientras dejo el grog en la mesa. Me doy cuenta de que el capitán le echa el ojo al oro y temo que se sienta tentado por él o, incluso



peor, que retome su vida de pirata. Espero para ver cómo responde el capitán a esta osada oferta.

Jefazo suspira.

—El Sabueso Negro no está en venta. Por lo menos no para este tipo de venta, de todos modos – dice–. Zarparemos hacia los siete mares en cuanto nos llegue un nuevo caso.

El capitán Tizón no parece convencido.

—Imagino que las cosas mejorarán, pero... ¿y si no lo hacen y su esquelética tripulación va pasando cada vez más hambre?

—La tripulación y yo estaremos bien –dice Jefazo, irritado–. Espero que llegue un loro volando con una nueva investigación en cualquier momento.

Pero el capitán Tizón no se da por vencido.

—¿Quizás le ronde la idea de volver a la piratería? –pregunta.

Las mejillas del capitán se encienden, como si encontrara incómodas todas estas preguntas. Se remueve en su silla y engulle un trago de grog. Finalmente, niega con la cabeza.

—Esos tiempos ya pasaron –contesta–. Ahora soy detective. ¿No es así, joven Pedri?



Orgullosa de que me consulte,
respondo rápidamente.

—Sí, capitán. Es usted el
mejor de los siete mares.

El capitán Tizón se
gira hacia mí, como
si quisiera que me
pusiera de su lado.

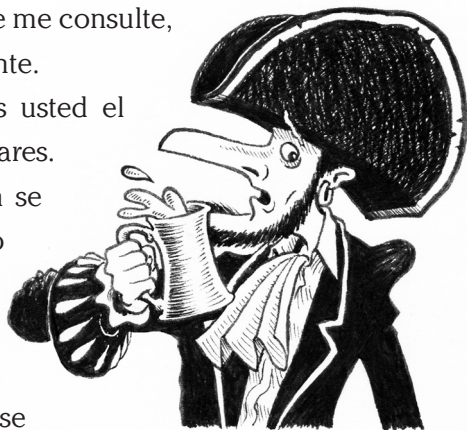
—Puede que el
joven Pedri prefiriese
ser un pirata. ¿Has sopesado eso
alguna vez, muchacho?

—En realidad preferiría ser un pirata detective
—digo firmemente.

No me gusta este desconocido, y cuanto más le
miro más decido que hay algo en él que no acaba
de encajar. Al contrario que la desagradable verruga
que tiene en la nariz, y que es muy real, la barba del
capitán Tizón parece..., bueno, falsa.

—¿Qué estás mirando, chico? —pregunta.

—¿Trabaja usted de incognito o algo? —le espe-
to—, porque creo que esa barba no es de verdad.



Se abalanza sobre mí y me agarra la nariz, retorciéndola con fuerza.

—Bueno, puede que ésta no sea una nariz de verdad.

—¡Ay! —grito, apartándome.

El desconocido se ríe.



—Tiene un muchacho inquisitivo, capitán —dice, acabándose su grog antes de ponerse de pie—. Imagino que ésa debe ser la razón por la cual le tiene a bordo.

—Es espabilado, desde luego. Encaja a la perfección con el resto de la tripulación —dice Jefazo, dándome unas palmadas en el hombro.

El visitante me mira con maldad, y luego suspira.

—Bueno, si no puedo convencerle, entonces no le haré perder más el tiempo. —Camina hacia la puer-

ta y luego se da la vuelta para intentarlo por última vez—. Querrá estar ojo avizor para ver si llega ese loro. Puede que regrese más adelante para comprobar cómo están las cosas y ver si puedo hacerle cambiar de opinión.

Después de que el desconocido se haya marchado, el capitán se rasca la cabeza.

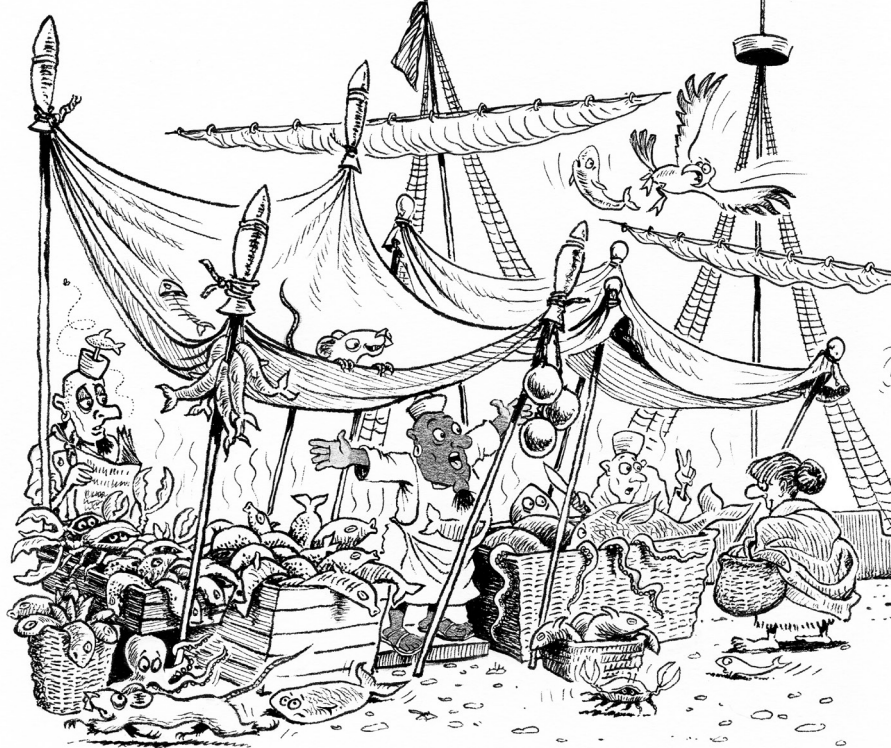
—Qué conversación más extraña —dice.

—Y si quiere saber mi opinión, una persona extraña también, capitán —digo.

—Y un disfraz horrible. ¡Menuda barba! Tenías toda la razón al respecto, Pedri. Me pregunto de qué se está escondiendo. Me ha dejado inquieto, pensando todo tipo de cosas...

El corazón me da un vuelco. ¿Ha hecho el desconocido que el capitán se plantee volver a la piratería? Me gusta el hecho de que ayudemos a la gente. No creo que encajase con nosotros que robásemos a la gente sus riquezas, en lugar de buscarlas para que las recuperen.

Como el capitán tenía el ánimo decaído y no pasaba gran cosa más, Escarlata y yo decidimos escabullirnos del barco para hacer un poco de ejercicio.



Paseamos por el puerto y observamos a los pescadores descargando la captura diaria de sus barcas. Las gaviotas se zambullen para capturar peces, que brillan en sus redes como si fueran un botín consistente en plata. Las tripas empiezan a rugirme mientras me imagino cómo se cocinan sobre las brasas en la cocina de Aliento de Pescado.



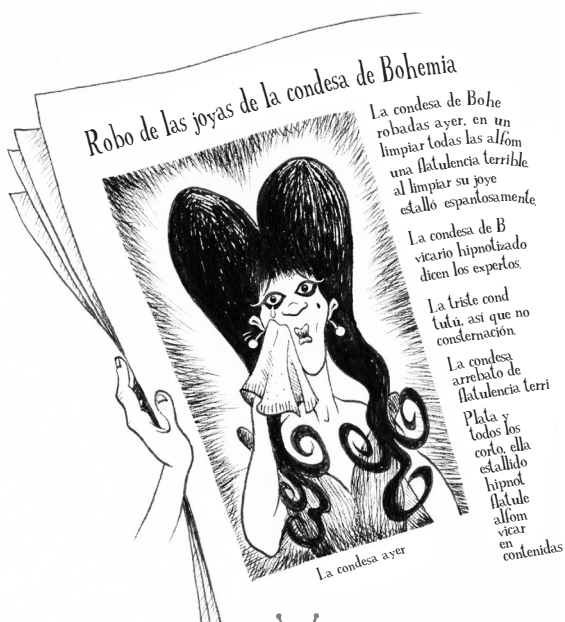
Pasamos al lado de un puesto que vende berberechos, mejillones y todo tipo de marisco, pero en esta ocasión no es el pescado lo que llama mi atención. Hay un puesto de periódicos frente a la caseta, y es entonces cuando lo detecto: el titular en la primera página de *El Noticiero de Bohemia*.

—Espera un momento, Escarlata. ¡Fíjate en esto!
—grito.

Escarlata coge el periódico y lee el titular en voz alta.

Escarlata sonríe. Grethel, la bruja del mar, le ha estado enseñando a leer a bordo del Sabueso Negro, y a Escarlata le encanta presumir de sus nuevas habilidades.

Yo también cojo un ejemplar del periódico, fijándome en la ilustración de una mujer con el cabello largo y rizado que parece desolada.





—¡Será posible! ¡No me lo puedo creer! —digo.

—¿Vais a comprar estos periódicos? —nos espeta el dueño del puesto—. Esto no es una biblioteca, ¿sabéis?

—¿Qué pasa, Pedri? —pregunta Escarlata, ignorándole—. Espera un momento. Esa elegante mujer me resulta familiar —dice, mientras mira detenidamente la granulosa imagen.

—Recuerdo al capitán hablándome de un caso que implicaba a la condesa de Bohemia cuando llegué a bordo del Sabueso Negro —digo—. Fue su

primer caso como pirata detective. ¿Te acuerdas, Escarlata?

—Ahora que lo mencionas, sí—responde—, pero... ¿en qué estás pensando?

Devuelvo el periódico a su sitio, en la caseta, sonriendo a modo de disculpa al dueño del puesto, que se muestra gruñón.

—Estoy pensando que tenemos que dejar de estar de brazos cruzados en el Sabueso Negro, esperando a que llegue un loro mensajero. Si la condesa ya contrató los servicios del capitán antes, entonces, quizás...

—Hay muchas probabilidades de que le vuelva a contratar—concluye Escarlata, animadamente—. Es brillante, Pedri. Tenemos que regresar para decírselo al capitán, y rapidito.